

tiva, Rodolfo se acercó á Mimi y la estrechó entre sus brazos. Luego, como un músico que antes de empezar á ejecutar su pieza, da una serie de acordes para asegurarse de la buena disposición de su instrumento, Rodolfo sentó sobre sus rodillas á la joven Mimi y aplicó á la nuca un largo y sonoro beso que imprimió una vibración instantánea en el cuerpo de la primaveral criatura.

El instrumento estaba templado.



## XIV

## LA SEÑORITA MIMI

¡ Ah querido amigo Rodolfo! ¿ qué ha podido suceder para que hayas cambiado tan radicalmente? ¿ He de dar crédito á los rumores que corren, y esa desdicha ha podido abatir hasta este punto tu robusta filosofía? ¿ Cómo podría yo, el historiador vulgar de tu epopeya bohemia, tan llena de carcajadas, cómo podría relatar con voz bastante triste la lamentable aventura que cubre con un crespón tu constante alegría, y detiene de pronto el campanileo de tus paradojas?

¡ Oh Rodolfo, amigo mío! Comprendo muy bien que el mal es grande, pero con franqueza, la verdad es que no hay motivos suficientes para tirarse de cabeza al agua. Así, pues, te invito á echar una cruz al pasado lo más pronto posible. Huye sobre todo de la soledad poblada de fantasmas que eternizarán tus dolores. Huye del silencio, pues los ecos de tus recuerdos resonarían aún con sus alegrías y sus dolores pasados. Arroja valerosamente á los cuatro vientos del olvido el nombre que tanto

has amado, y arroja con él todo cuanto conserves todavía de aquélla que lo llevaba. Rizos de cabellos mordidos por los labios que enloquecía el deseo; frasco de Venecia donde duerme aún un resto de perfume, mucho más peligroso, si lo aspiras en este momento, que todos los venenos del mundo; al fuego las flores, las flores de gasa, de seda y de terciopelo; los blancos jazmines; las anémonas teñidas con la sangre de Adonis, los azules miosotis, y todos aquellos primorosos ramilletes que ella combinaba en los lejanos días de tu corta felicidad. Entonces yo también la amaba á tu Mimi y no veía peligro alguno en que la amaras. Empero, sigue mi consejo: al fuego las cintas, las bonitas cintas rosa, azules y amarillas que se ponía al cuello para lisonjear tu mirada; al fuego los encajes, las cofias, y los velos y todos aquellos elegantes trapillos con que se adornaba para dedicarse al amor matemático con César, Jerónimo, Carlos, ó cualquier otro galán del calendario, cuando tú la esperabas en la ventana, estremeciéndote de frío por los vientos y las escarchas del invierno; al fuego, Rodolfo, y sin piedad, todo cuanto le perteneció y podría hablarte aún de ella; al fuego las cartas de amor. Mira, aquí hay una precisamente, que te ha hecho llorar como una fuente; oh desdichado amigo mío!

«Como no vuelves, yo salgo para ir á ver á mi tía; me llevo el dinero que hay en casa, para tomar un coche.—Lucila.» Y aquella noche, oh Rodolfo, tú no has comido ¿te acuerdas? Y viniste á mi casa á entretenerme con tus chistosas bromas que atestiguaban la tranquilidad de tu espíritu. Porque tú creías que Lucila estaba en casa de su tía, y si yo te hubiera dicho que estaba en la de César,

ó con un cómico del Monteparnaso, me hubieras querido degollar sin duda. Al fuego también este otro billete que tiene toda la ternura lacónica del primero:

«Voy á encargar unas botitas, es necesario absolutamente que busques dinero para que pueda ir á recogerlas pasado mañana.» ¡Ah! amigo mío, aquellas botitas bailaron muchas contradanzas en las que tú no eras la pareja. A las llamas todos aquellos recuerdos, y al viento las cenizas.

Mas, en primer lugar, oh Rodolfo, por amor á la humanidad y para gloria de *La gasa de Iris* y de *El Castor*, vuelve á tomar las riendas del buen gusto que abandonaste durante tu egoísta sufrimiento, sin lo cual pueden ocurrir cosas horribles de las que serías responsable. Volveríamos á las mangas de jamón y á los pantalones estrechos, y veríamos ponerse de moda ciertos sombreros que sacarían de quicio al universo y atraerían la cólera del cielo.

Y ahora, ha llegado el momento de relatar los amores de nuestro amigo Rodolfo con la señorita Lucila, por otro nombre Mimi. Tendría Rodolfo unos veinticuatro años cuando sintió el corazón súbitamente atacado por esa pasión, que ejerció grande influencia en su vida. En la época de su encuentro con Mimi, Rodolfo conducía aquella existencia accidentada y caprichosa que hemos tratado de describir en las escenas precedentes de esta serie. Era, seguramente, uno de los más risueños indigentes que haya tenido el país de la Bohemia. Y cuando durante el día había logrado comer mal y decir una buena frase, pisaba con más orgullo el adoquinado que con frecuencia había de servirle de cama, y llevaba con más orgu-

llo su traje negro, que pedía auxilio desde todas las costuras, que un emperador bajo el manto de púrpura. En el cenáculo donde vivía Rodolfo, por una de esas jactancias tan comunes á algunos jóvenes, afectábase tratar el amor como cosa de lujo, como á objeto de broma. Gustavo Colline, que mantenía relaciones desde hacía mucho tiempo con una chalequera á la que deformaba de cuerpo y de espíritu obligándola á copiar día y noche los manuscritos de sus obras filosóficas, pretendía que el amor es una especie de purga, buena para ser tomada al principio de cada nueva estación, para limpiarse de los humores. En medio de todos aquellos falsos escépticos, Rodolfo era el único que se atrevía á hablar con algún respeto del amor: y cuando se tenía la desgracia de dejarle tocar esta cuerda, lo menos duraba una hora el arrullo de las elegías sobre la dicha de ser amado, el azul del lago inmóvil, la canción de la brisa, el concierto de las estrellas, etc., etc. Esta manía le había granjeado el apodo de *la harmónica* por Schaunard. Marcelo había dicho á este propósito una frase muy bonita, en la que, haciendo alusión á las tiradas sentimentales y germánicas de Rodolfo, así como á su precoz calvicie, le llamaba *Miosotis el calvo*. La verdad verdadera era ésta: Rodolfo creía entonces seriamente que había dado fin á todo lo concerniente á la juventud y al amor. Cantaba con insolencia el *De profundis* á su corazón, que creía muerto, cuando sólo estaba inmóvil, pero dispuesto á despertar, más fácil á la dicha y más asequible que nunca á los amargos dolores que ya no esperaba y que eran ahora su desesperación. ¡Tú lo has querido, Rodolfo! y nosotros no te compadeceremos, pues el mal que sufres,

es de los que más se envidian, sobre todo si se sabe que se pueden curar para siempre.

Rodolfo encontró, pues, á la joven Mimí, á quien conoció anteriormente, cuando era la amante de uno de sus amigos. Y la hizo suya. Al principio los amigos de Rodolfo levantaron grandes clamores al saber la noticia de su enlace; pero como la señorita Mimí era muy simpática, nada reservada, y soportaba sin dolores de cabeza el humo de las pipas y las conversaciones literarias, se acostumbraron á ella y la trataron como una camarada. Mimí era una encantadora mujer, cuya naturaleza convenía perfectamente á las simpatías plásticas y poéticas de Rodolfo. Tenía veintidós años; era pequeña, delicada, vivaracha. Su rostro parecía el esbozo de una cara aristocrática; pero sus facciones de extremada finura y como dulcemente iluminadas por el brillo de sus ojos azules y límpidos, tomaban, en ciertos momentos de enojo ó de mal humor, un carácter de brutalidad casi salvaje, en las que un fisiólogo hubiera reconocido tal vez indicios de un profundo egoísmo ó de una grande insensibilidad. Pero por lo general era una linda cabeza de fresca y juvenil sonrisa, de miradas tiernas ó impregnadas de irresistible coquetería. Su sangre joven aflucía rápida y ardorosa por sus venas, y coloreaba con sonrosadas tintas su tez transparente con blancuras de camelia. Aquella belleza enfermiza seducía á Rodolfo, y con frecuencia, por la noche, pasábase horas enteras en coronar de besos la frente pálida de su dormida amante, cuyos ojos húmedos y pesados brillaban entreabiertos entre las cortinas de sus magníficos cabellos negros. Pero lo que contribuyó sobre todo á que Rodolfo se enamorara locamente de Mimí,

fueron sus manos, que, á pesar de los quehaceres de la casa, sabía ella conservar más blancas que las manos de la diosa de la Ociosidad. No obstante, aquellas manos tan delicadas, tan pequeñas, tan suaves al contacto de los labios, aquellas manos de niño entre las que Rodolfo había dejado su corazón reverdecido, aquellas manos blancas de la señorita Mimi debían bien pronto mutilar el corazón del poeta con sus uñas sonrosadas.

Al cabo de un mes, Rodolfo empezó á apercibirse de que se había unido á una tormenta, y que su amante tenía un gran defecto. Era aficionada á correr la vecindad, y pasaba mucha parte del tiempo en casa de las mujeres mantenidas del barrio, con quienes había trabado conocimiento.

Bien pronto sucedió lo que Rodolfo había temido cuando se apercibió de las relaciones contraídas por su amante. La variable opulencia de algunas de sus nuevas amigas, hizo nacer un bosque de ambiciones en la imaginación de la señorita Mimi, que hasta entonces había vivido modestamente contentándose con lo necesario, que Rodolfo le procuraba del mejor modo que sabía. Mimi empezó á desear las sedas, el terciopelo y los encajes. Y á pesar de las prohibiciones de Rodolfo, continuó frecuentando á las mujeres, de acuerdo todas en persuadirla que rompiera con el bohemio, quien ni siquiera podía darle ciento cincuenta francos para comprarse un corte de lana.

—Hermosa como usted—le decían sus consejeras,—encontrará con facilidad una posición mejor. No tiene más que buscar.

Y la señorita Mimi se puso á buscar. Testigo de sus frecuentes correrías, torpemente motivadas,



UNIVERSIDAD DE BREVIO LEON  
 BIJOTECA UNIVERSITARIA  
 "F. A. S. 123"  
 1515 MONTERREY, MEXICO

Rodolfo entró en el doloroso camino de las sospechas. Pero cuando descubría las huellas de alguna prueba de infidelidad, se ponía obstinadamente una venda en los ojos para no ver nada. A pesar de todo, adoraba á Mimi. Sentía por ella ese amor celoso, fantástico, reñidor y caprichoso, que la joven no comprendía, porque no la unía á Rodolfo más que el débil lazo que proviene de la costumbre. Y además, la mitad de su corazón se había gastado en la época de su primer amor, y la otra mitad estaba aún llena de recuerdos de su primer amante.

Ocho meses pasaron casi alternándose los días buenos y los malos. Durante este tiempo, Rodolfo estuvo veinte veces á punto de separarse de la señorita Mimi, que guardaba para él todas las groseras crueldades de la mujer que no ama. Hablando con propiedad, aquella existencia era un infierno para ambos. Pero Rodolfo se había acostumbrado á aquellas luchas cotidianas, y lo que más temía era que cesara aquel estado de cosas, porque presentía que con él acabarían para siempre aquellos entusiasmos juveniles y aquellas agitaciones, de que no había gozado en tanto tiempo. Y después, si hay que decirlo todo, había momentos en que la señorita Mimi sabía hacer olvidar á Rodolfo todas las sospechas que desgarraban su corazón. Había momentos en que ella hacía doblar las rodillas como un niño, bajo el encanto de sus ojos azules, á aquel poeta á quien hizo reanudar la perdida poesía, á aquel joven á quien había devuelto la juventud, y que, gracias á ella, había vuelto al ecuador del amor. Dos ó tres veces al mes, en medio de sus tempestuosas riñas, Rodolfo y Mimi se detenían de común acuerdo en el fresco

oasis de una noche de amor y de dulces coloquios. Entonces Rodolfo tomaba entre sus manos la cabeza sonriente y animada de su amiga, y durante horas enteras se abandonaba á ese admirable y absurdo lenguaje que la pasión improvisa en sus horas de delirio. Mimi escuchaba tranquila al principio, más bien sorprendida que emocionada, pero al fin la entusiasta elocuencia de Rodolfo, alternativamente tierna, alegre, melancólica, la vencía poco á poco. Sentía derretirse, al contacto de aquel amor, los hielos de indiferencia que paralizaban su corazón, un febril contagio empezaba á agitarla, y acababa por echar los brazos al cuello de Rodolfo, diciéndole con sus besos lo que no hubiera podido decirle con sus palabras. Y el alba les sorprendía así, abrazados uno á otro, los ojos en los ojos, las manos en las manos, mientras que sus húmedos y abrasadores labios murmuraban aún la frase inmortal:

Que hace cinco mil años se suspende  
Todas las noches en amantes labios.

Pero al día siguiente, el más fútil pretexto daba lugar á una rencilla y el amor asustado huía por mucho tiempo.

Sin embargo, al fin Rodolfo observó que, si no tomaba sus precauciones, las blancas manos de la señorita Mimi le encaminarían hacia un abismo en el que dejaría su porvenir y su juventud. Hubo un instante en que la austera razón habló dentro de sí más alto que el amor, y se persuadió con oportunos razonamientos apoyados en pruebas, de que su querida no le amaba. Llegó á decirse que las horas de ternura que ella le concedía no eran más que caprichos de los sentidos, semejantes á los

que las mujeres casadas sienten por sus maridos cuando desean un chal de Cachemira, un traje nuevo, ó cuando su amante está ausente, á lo que podría aplicarse el proverbio: «A falta de pan, buenas son tortas.» En una palabra, Rodolfo podía perdonarlo todo á su querida menos que no le amara. Tomó, pues, un partido supremo y participó á la señorita Mimi que se buscara otro amante. Mimi se echó á reír y soltó algunas bravatas. Finalmente, viendo que Rodolfo se afirmaba en su resolución y la recibía con mucha tranquilidad cuando volvía á su casa después de una noche y un día de estar fuera, empezó á inquietarse ante aquella firmeza, á la que no estaba acostumbrada. Entonces estuvo cariñosa durante dos ó tres días. Pero su amante no se retractaba de lo dicho y se contentaba con preguntarle si había encontrado á alguien.

—Ni lo he buscado siquiera—respondía ella.

Sin embargo, había buscado, aún antes que Rodolfo se lo aconsejara. En quince días lo intentó dos veces. Una de sus amigas la había ayudado y no tardó en facilitarle la relación de un jovencuelo novato que hizo brillar á los ojos de Mimi un horizonte de cachemiras de la India y de muebles de caoba. Pero, según la propia opinión de Mimi, aquel joven estudiantillo, que podía ser muy experto en álgebra, no era un gran pasante en amor; y como á Mimi no le gustaba el papel de institutriz, plantó á su novicio amante con sus cachemiras, que pastaban todavía en los prados del Tibet, y sus muebles de caoba, que brotaban aún en los bosques del nuevo mundo.

El estudiante no tardó en ser reemplazado por un noble bretón, de quien Mimi se había enamo-

rado rápidamente, y no hubiera tenido necesidad de insistir mucho para llegar á ser condesa.

A pesar de las protestas de su amante, Rodolfo sospechó alguna intriga: quiso saber con certeza dónde estaba, y una mañana, después de una noche en que la señorita Mimi no había vuelto á casa, corrió al sitio donde sospechaba debía estar, y allí pudo á su sabor hundirse en el corazón una de aquellas pruebas á las que no es posible dejar de dar crédito. Con los ojos orlados con una aureola de voluptuosidad, vió á la señorita Mimi salir del castillo en el que se había hecho ennoblecer, cogida del brazo de su nuevo dueño y señor, quien, á decir verdad, parecía menos orgulloso de su nueva conquista que lo estuviera París, el hermoso pastor griego, después del rapto de Elena.

Al ver á su amante, la señorita Mimi se quedó un momento sorprendida. Se acercó á él, y estuvieron hablando tranquilamente durante cinco minutos. En seguida se separaron cada uno por su lado. Su ruptura estaba resuelta.

Rodolfo volvió á su casa y pasó el día disponiendo en paquetes los objetos que pertenecían á su querida.

Durante el día que siguió al divorcio con su amante, Rodolfo recibió la visita de varios de sus amigos, y les participó todo cuanto había ocurrido. Todo el mundo le felicitó de aquel acontecimiento como de una gran fortuna.

—Nosotros te ayudaremos, oh poeta—le decía uno de los que habían sido á menudo testigos de las tristezas que la señorita Mimi hacía pasar á Rodolfo,—nosotros te ayudaremos á retirar tu corazón de manos de una mala criatura. Y antes

de poco estarás curado y pronto á recorrer con otra Mimi los verdes senderos de Aulnay y de Fontenay-aux-Roses.

Rodolfo juró que se habían acabado los duelos y las desesperaciones. Hasta se dejó arrastrar al baile de *Mabile*, donde su deteriorado traje representaba bastante mal á *La gasa de Iris* que le proporcionaba los billetes para aquel hermoso jardín de la elegancia y del placer. Allí, Rodolfo encontró á otros amigos con quienes estuvo bebiendo. Les contó su desgracia con un lujo inaudito de atrevidas imágenes, y durante una hora estuvo derrochando gracia é ingenio.

—¡Ay! ¡ay!—decía el pintor Marcelo al oír la lluvia de ironías que soltaban los labios de su amigo, — Rodolfo está muy alegre ¡demasiado alegre.

—¡Es simpático!—respondió una joven á quien Rodolfo acababa de ofrecer un ramo;—y aunque va tan mal vestido, me comprometería con gusto á bailar con él si me invitara.

Dos segundos después, Rodolfo, que había oído aquellas palabras, estaba á sus pies, envolviendo su invitación en un discurso aromatizado con todo el almizcle y todo el benjui de una galantería á 80 grados Richelieu. La dama se quedó confundida ante aquel lenguaje sembrado de adjetivos deslumbrantes y de frases acicaladas á lo regencia, hasta el punto de hacer ruborizar los tacones de las botas de Rodolfo, que nunca había estado tan almibarado. La invitación fué aceptada.

Rodolfo ignoraba los más ínfimos rudimentos de la danza cuanto la regla de tres. Pero le movía una audacia extraordinaria, y no vaciló en salir, improvisando un baile desconocido para todas las

pasadas coreografías. Era un paso que se llama el *paso de los lamentos y los suspiros*, y cuya originalidad obtuvo el éxito más inesperado. Los tres mil mecheros de gas en vano se esforzaban en sacar la lengua, como para burlarse de él; Rodolfo bailaba siempre, y tiraba sin cesar al rostro de su pareja puñados de requiebros completamente inéditos.

—¡Ay!—decía el pintor Marcelo,—esto es increíble, Rodolfo me produce el efecto de un hombre borracho que se arrastra por entre copas rotas.

—Mientras tanto, *ha hecho* una soberbia mujer—dijo otro viendo que Rodolfo escapaba con su bailarina.

—¿No nos dices adiós?—le gritó Marcelo.

Rodolfo se acercó al artista y le tendió la mano, aquella mano fría y húmeda como una piedra empapada.

La compañera de Rodolfo era una robusta muchacha de Normandía, rica y profusa naturaleza, cuya rusticidad nativa se había aristocratizado bien pronto entre las elegancias del mundo parisiense y una vida ociosa. Llamábase algo así como señora Serafina, y era en la actualidad la querida de un Reumatismo, par de Francia, que le daba cinco luises al mes, que ella compartía con un gentilhombre de mostrador que no le daba mas que golpes. Rodolfo le había gustado, y como ella no esperó que le diera nada, se lo llevó á su casa.

—Lucila—dijo á su camarera,—no estoy en casa para nadie.—Y después de pasar á su cuarto, volvió á los cinco minutos vestida con un traje especial, hallando á Rodolfo inmóvil y taciturno,

pues desde que entró en la casa, se había hundido, á pesar suyo, en las tinieblas llenas de silenciosos sollozos.

—¿No me mira usted ya, ya no me habla?—dijo sorprendida Serafina.

—Vamos—se dijo Rodolfo levantando la cabeza,—mirémosla, ¡pero únicamente como artista!

«¡Y qué espectáculo sus ojos vieron!», como dice Raul en los *Hugonotes*.

Serafina estaba admirablemente hermosa. Sus formas espléndidas, hábilmente avaloradas por el corte de su vestido, se acusaban llenas de seducciones bajo la semi transparencia de la gasa. Todas las imperiosas fiebres del deseo se despertaron en las venas de Rodolfo. Una cálida niebla anubló su cerebro. Miró á Serafina con otro amor que nada tenía que ver con la estética, y tomó entre sus manos las de la bella muchacha. Eran unas manos sublimes y que se hubieran dicho esculpidas por los más puros cinceles de la estatuaría griega. Rodolfo sintió que aquellas manos admirables temblaban entre las suyas: y cada vez menos crítico de arte, atrajo hacia sí á Serafina, cuyo rostro se coloreaba con aquellos arreboles que son la aurora de la voluptuosidad.

—Esta criatura es un verdadero instrumento de placer, un verdadero *stradivarius* del amor, y con el que tocaría de buena gana una pieza—pensó Rodolfo sintiendo el corazón de la hermosa palpar apresuradamente.

En aquel momento un brusco campanillazo resonó en la puerta del piso.

—¡Lucila! ¡Lucila!—gritó Serafina á la camarera,—no abra usted, diga que no he vuelto aún.

Al oír por dos veces el nombre de Lucila, Rodolfo se levantó.



—No quiero estorbar de ningún modo, señora—dijo.—Además, es necesario que me retire, es tarde y vivo muy lejos. ¡Buenas noches!

—¡Cómo! ¿se marcha usted?—exclamó Serafina redoblando los rayos de sus pupilas.—¿Por qué, por qué se marcha usted? Yo soy libre, y usted puede quedarse.

—Imposible—respondió Rodolfo.—Yo espero esta noche á un pariente que llega de la tierra del Fuego, y me desheredaría si no me encontrara en casa para recibirle. ¡Buenas noches, señora!

Y salió apresuradamente. La criada le acompañó para hacer luz. Rodolfo levantó los ojos para mirarla. Era una joven delgada, de pausados movimientos; su rostro palidísimo era la antítesis de su cabellera negra naturalmente ondulada, y sus ojos azules parecían dos estrellas enfermas.

—¡Oh, fantasma!—gritó Rodolfo retrocediendo ante la que llevaba el nombre y la cara de su amante.—¡Atrás! ¿qué quieres de mí?—Y bajó la escalera á toda prisa.

—Pero, señorita—dijo la camarera al entrar en el cuarto de su ama—¡este hombre está loco!

—Di mas bien que es un tonto—respondió Serafina exasperada.—¡Si ese imbécil de León tuviese por lo menos el talento de venir ahora!

León era el gentil hombre que demostraba su cariño á latigazos.

Rodolfo corrió á su casa con toda la rapidez de sus piernas. Mientras subía las escaleras encontró á su gato colorado que gemía lamentosamente. Hacía ya dos noches que llamaba en vano de este modo á su amante infiel, una Manon Lescaut de Angora, que se dedicaba á otras galantes campañas en los tejados de los alrededores.

—¡Pobre bestia!—dijo Rodolfo,—también te

han engañado á tí; tu Mimí te ha hecho la misma partida que á mí. ¡Basta! consolémonos. Ya lo ves, pobre animalito, el corazón de las mujeres es un abismo que los hombres y los gatos no podrán jamás sondear.

Cuando entró en su cuarto, aunque hacía un calor insoportable, Rodolfo creyó sentir que caía sobre sus hombros un manto de hielo. Era el frío de la soledad, de la terrible soledad, de la noche que nada podía turbar. Encendió la bujía y observó entonces el cuarto devastado. Los muebles abrían sus cajones vacíos, y del suelo al techo una inmensa tristeza llenaba aquella reducida habitación, que pareció á Rodolfo más grande que un desierto. Se puso á andar y sus pies tropezaron con los paquetes que contenían los objetos de la señorita Mimí, y experimentó un sentimiento de alegría al ver que no había vuelto aún para llevárselos, como le había dicho ella por la mañana. Rodolfo sintió, á pesar de todos sus combates, que se aproximaba la hora de la reacción, y adivinó perfectamente que una noche atroz le haría expiar toda la amarga alegría que había derrochado durante la velada. No obstante, esperaba que su cuerpo, roto por la fatiga, se dormiría antes de que se despertaran sus angustias, por tanto tiempo comprimidas en su corazón.

Cuando se aproximó á la cama y apartó las cortinas, al contemplar aquel lecho que no había sido descompuesto hacía dos días, ante las almohadas puestas una al lado de la otra, y bajo una de las cuales aun se ocultaba á medias el adorno de una gorra de mujer, Rodolfo sintió su corazón oprimido por las invencibles tenazas de aquel dolor sombrío que no puede estallar. Cayó al pie de la cama, se oprimió la frente con las manos, y des-

pués de pasear una mirada por aquella habitación desierta, exclamó:

—¡Oh querida Mimí, alegría de mi casa! ¿es cierto, pues, que te has marchado, y que no te veré más? ¡Dios mío! ¡Oh hermosa cabellera oscura que por tanto tiempo has descansado en este sitio! ¿no volverás ya más? ¡Oh caprichosa voz cuyas caricias me hacían delirar y cuyas cóleras me fascinaban! ¿no te oiré más? ¡Oh pequeñas manos blancas de venas azuladas, vosotras que fuisteis las novias de mis labios, oh pequeñas manos blancas! ¿habéis recibido acaso mi postrer beso?—Y Rodolfo hundía con embriaguez delirante su cabeza en las almohadas, impregnadas todavía de los perfumes de la cabellera de su amiga. Del fondo de aquella alcoba le parecía ver salir el fantasma de las noches felices que había pasado con su joven amante. Oía resonar clara y sonora, en medio del nocturno silencio, la risa franca de Mimí, y se acordó de aquella agradable y contagiosa alegría con la que tantas veces ella había sabido hacerle olvidar todas las dificultades y todas las miserias de su vida azarosa.

Durante toda aquella noche pasó revista á los ocho meses que se habían deslizado al lado de aquella mujercita que tal vez no le había amado nunca, pero cuyas cariñosas mentiras habían devuelto á Rodolfo su primitiva juventud y virilidad.

La pálida aurora le sorprendió en el momento en que, vencido por el cansancio, acababa de cerrar los ojos enrojecidos por las lágrimas vertidas durante la noche. Vigilia dolorosa y terrible, igual á la que los más burlones y los más escépticos de nosotros podrían hallar en el fondo de su pasado.

Por la mañana, cuando sus amigos fueron á verle, quedaron espantados al ver á Rodolfo, cuyo rostro estaba descompuesto por todas las angustias que le habían asaltado aquella noche en el huerto de los Olivos del amor.

—Bueno—dijo Marcelo,—ya me lo figuraba; su alegría de ayer le ha agriado el corazón. Esto no puede continuar así.

Y de acuerdo con dos ó tres camaradas, empezó una serie de indiscretas revelaciones sobre la señorita Mimí, de las que cada palabra se clavaba en el corazón de Rodolfo como una espina. Sus amigos le *probaron* que constantemente su amante le había engañado como un imbécil, en su casa y fuera de casa, y que aquella criatura pálida como el ángel de la tisis, era un cofrecito de malos sentimientos y de instintos feroces.

Y uno después de otro alternaron así en la tarea que se prefijaron, y cuyo objeto era conducir á Rodolfo á aquel punto en que el amor agriado se convierte en desprecio; pero aquel objeto no se obtuvo más que á medias. La desesperación del poeta se trocó en cólera. Se echó con ira sobre los paquetes que había preparado el día antes; y después de poner aparte todos los objetos que su amante poseía antes de unirse con él, guardó todo lo que le había regalado mientras duró su unión, esto es, la mayor parte, y sobre todos los objetos de tocador que la señorita Mimí prefería con todas las fibras de su coquetería, que se hizo insaciable en los últimos tiempos.

La señorita Mimí fué al día siguiente por la mañana para recoger sus efectos. Rodolfo estaba en casa, solo. Fué necesario que todas las potencias del amor propio le contuviesen para que no

echara los brazos al cuello de su amante. La acogió con un silencio lleno de injurias, y la señorita Mimí le contestó con esos insultos fríos y punzantes que hacen críspar los puños á los más débiles y á los más tímidos. Ante el desdén con que su amante le flagelaba con testarudez insolente, la cólera de Rodolfo estalló brutal y aterradora; por un instante, Mimí, pálida de terror, se preguntó si saldría viva de sus manos. A los gritos que dió, acudieron algunos vecinos y la sacaron del cuarto de Rodolfo.

Dos días después, una amiga de Mimí fué á preguntar á Rodolfo si quería entregar las cosas que se había guardado.

—No—respondió.—E hizo hablar á la mensajera de su amante.

La mujer le explicó que la joven Mimí se hallaba en situación muy apurada, y que se iba á ver en la calle.

—¿Y su amante, de quien está tan enamorada?

—Le diré á usted—dijo Amelia, la amiga en cuestión;—aquel hombre no tiene intención de tomarla por querida. Hace mucho tiempo tiene otra, y parece que se interesa muy poco por Mimí, á quien yo mantengo y me estorba mucho.

—Que se arregle—dijo Rodolfo,—ella lo ha querido; nada me importa ya...—Y echó algunos requiebros á la señorita Amelia, y la persuadió de que era la mujer más guapa del mundo.

Amelia explicó á Mimí su entrevista con Rodolfo.

—¿Qué le ha dicho? ¿Qué hace?—preguntó Mimí.—¿Le ha hablado á usted de mí?

—Ni una palabra: la ha olvidado ya, amiga mía. Rodolfo tiene otra amante, y le ha comprado

un espléndido vestido, pues ha recibido una buena cantidad de dinero, y él mismo va vestido como un príncipe. Es muy amable aquel joven, y me ha dicho cosas muy lisonjeras.

—Yo sabré lo que esto quiere decir—pensó Mimí.

Todos los días la señorita Amelia iba á ver á Rodolfo bajo cualquier pretexto; y por más que éste se proponía no hablarle de Mimí, no podía evitarlo.

—Está muy alegre—respondía la amiga,—y por su aspecto se ve que no la preocupa su situación. Por lo demás, asegura que volverá con usted cuando le plazca, sin avisar antes y únicamente para hacer rabiar á sus amigos.

—Está bien—dijo Rodolfo,—que venga y nos veremos.

Y volvió á cortejar á Amelia, que se marchó á contárselo todo á Mimí, asegurando que Rodolfo estaba perdido por ella.

—Me ha besado la mano y el cuello—proseguía;—ya ve usted, es todo fuego. Quiere llevarme al baile mañana.

—Amiga mía—dijo Mimí picada,—estoy observando que desea hacerme creer que Rodolfo está enamorado de usted, y que no piensa ya en mí. Pero pierde usted el tiempo, tanto con él, como conmigo.

La verdad es que si Rodolfo se mostraba amable con Amelia, era para que fuese con frecuencia, y tener ocasión de hablarla de su amante; pero con un maquiavelismo que tal vez no era sin objeto, y observando perfectamente que Rodolfo seguía amando á Mimí, y que ésta no estaba muy distante de volver con él, Amelia se esforzaba,

con relatos hábilmente inventados, en evitar todo cuanto pudiera aproximar á los dos amantes.

El día en que debían ir al baile, Amelia se presentó por la mañana á Rodolfo para preguntarle si mantenía sus propósitos.

—Sí—le respondió él,—no quiero perder la ocasión de ser el caballero de la mujer más hermosa de los modernos tiempos.

Amelia tomó el aire coquetón que tenía la noche de su único debut en un teatro de las afueras, en el ínfimo papel de criada, y le prometió que no faltaría por la noche.

—A propósito—dijo Rodolfo,—diga usted á la señorita Mimí que si quiere cometer una infidelidad á su amante en obsequio mío y quiere pasar una noche conmigo, le devolveré todos sus objetos.

Amelia dió el recado de Rodolfo, prestando á sus palabras un sentido muy diferente al que había sabido adivinar.

—Ese Rodolfo es un hombre indigno—dijo á Mimí,—su proposición es una infamia. Quiere colocar á usted en la pendiente de las más viles criaturas; y si va usted á su casa, no sólo no le devolverá sus objetos, sino que le hará el hazme reír de todos sus amigos: es una conspiración tramada contra usted.

—No iré—dijo Mimí;—y cuando vió que Amelia se acicalaba para salir, la preguntó si iba al baile.

—Sí—respondió aquélla.

—¿Con Rodolfo?

—Sí, debe venir á esperarme esta noche á veinte pasos de aquí.

—Le alabo el gusto—dijo Mimí;—y cuando fal-

taba poco para la hora de la cita, corrió presurosa á casa del amante de Amelia y le avisó de que ésta estaba maquinando una pequeña traición con el ex amante de ella.

El hombre, celoso como un tigre y brutal como un garrote, se fué á casa de Amelia y le anunció que pensaba pasar la noche con ella.

A las ocho Mimí corrió al sitio donde Rodolfo debía encontrarse con Amelia, y vió á su amante que se paseaba en actitud de esperar; dos veces pasó por su lado sin atreverse á abordarle. Rodolfo, aquella noche, estaba vestido con mucha elegancia, y las crisis violentas de que era presa hacia ocho días habían dejado en su fisonomía profundas huellas. Mimí se conmovió intensamente. Por fin, se decidió á hablarle. Rodolfo la acogió sin cólera, y le pidió noticias de su salud, después de las cuales se informó del motivo que la había conducido hasta él; todo esto con voz dulce en la que se traslucía un acento de tristeza que en vano trataba de ocultar.

—Vengo á darle una mala noticia: la señorita Amelia no puede ir al baile con usted, porque su amante está con ella.

—Entonces iré solo al baile.

Aquí, la señorita Mimí fingió que vacilaba y se apoyó en el hombro de Rodolfo. El le dió el brazo y le propuso volverla á su casa.

—No—dijo Mimí,—yo vivo con Amelia; y como ahora está con su amante, no puedo entrar hasta que se haya marchado.

—Oiga usted—le dijo entonces el poeta,—yo la he dirigido una proposición por conducto de la señorita Amelia; ¿se la ha transmitido?

—Sí—respondió Mimí,—pero en términos tan

extraños, aun después de lo sucedido entre nosotros, que no he podido prestarle fe. No, Rodolfo, yo no he podido creer que, á pesar de cuanto pueda usted echarme en cara, me crea tan envilecida para aceptar semejante contrato.

—No me ha comprendido usted, ó le han transmitido mal las cosas. Lo dicho, dicho está,—prosiguió Rodolfo;—son las nueve, tiene usted aún tres horas para meditar. La llave estará en la puerta hasta las doce. ¡Buenas noches, adiós, hasta la vista!

—Adiós, pues,—dijo Mimí con voz temblorosa.

Y se separaron... Rodolfo volvió á su casa y se echó en la cama vestido. A las once y media la señorita Mimí entraba en el cuarto.

—Vengo á pedirle hospitalidad — dijo: — el amante de Amelia se ha quedado con ella y no he podido entrar.

Estuvieron hablando hasta las tres de la madrugada. Una conversación explicativa, en la que de vez en cuando el *tú* familiar sucedía al *usted* de la discusión oficial.

A las cuatro se apagó la bujía. Rodolfo quiso encender otra nueva.

—No—dijo Mimí,—no vale la pena; ya es hora de dormir.

Y cinco minutos después, su cabecita de negra cabellera había vuelto á ocupar su sitio en la almohada; y con voz impregnada de ternura incitaba á Rodolfo á que imprimiera sus labios en las manitas blancas surcadas por venas azules, cuya nacarada palidez luchaba con la blancura de la sábana. Rodolfo no encendió la bujía.

Al día siguiente, Rodolfo se levantó el primero; y enseñando á Mimí varios paquetes, le dijo con inmensa dulzura:

—Estos le pertenecen, puede usted llevárselos; mantengo mi palabra.

—¡Oh!—dijo Mimí.—Estoy muy cansada, como ve usted, y no podría llevarme todos esos paquetes de una sola vez. Prefiero volver.

Y cuando estuvo vestida, tomó solamente un collar y un par de brazaletes.

—Me llevaré lo restante... poco á poco,—añadió sonriendo.

—¡Ea!—exclamó Rodolfo.—O te lo llevas todo ó no te llevas nada; pero acabemos de una vez.

—Al contrario, volvamos á empezar, y sobre todo que dure,—dijo la joven Mimí abrazando á Rodolfo.

Después de almorzar juntos, se marcharon al campo. Al atravesar el Luxemburgo, Rodolfo encontró un gran poeta que le había recibido siempre con bondadosa simpatía. Por conveniencia, Rodolfo quiso hacer ver que no le veía. Pero el poeta no le dió tiempo; y al pasar por su lado, le hizo un signo amistoso y saludó á su compañera con una amable sonrisa.

—¿Quién es ese señor?—preguntó Mimí.

Rodolfo le dijo un nombre que la puso colorada de placer y de orgullo.

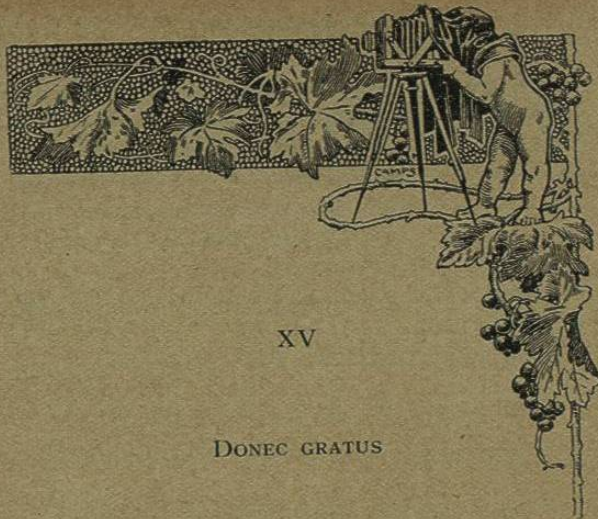
—¡Oh!—dijo Rodolfo,—este encuentro con el poeta que ha cantado tan bien el amor, es de buen augurio y traerá fortuna á nuestra reconciliación.

—Te amo,—dijo Mimí estrechando la mano de su amigo, á pesar de hallarse entre la multitud.

—¡Ay!—pensó Rodolfo.—¿Qué vale más, dejarse engañar siempre por exceso de fe, ó no creer nunca por el temor de ser engañado siempre?

30584

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO MARTÍ"  
1910. 1625 MONTERREY, MEXICO



XV

## DONEC GRATUS

Hemos explicado ya de qué manera el pintor Marcelo conoció á la señorita Musette. Unidos una mañana por ministerio del capricho, que es el alcalde del décimotercio distrito (1), creyeron, como sucede con frecuencia, casarse bajo el régimen de la separación de *corazones*. Pero una noche después de una violenta disputa en la que resolvieron separarse en seguida, apercibiéronse de que sus manos, que se habían unido para despedirse, no querían soltarse. Casi sin advertirlo su capricho se había convertido en amor. Y así se lo confesaron mutuamente, riéndose á medias.

—Lo que nos sucede es muy serio,—dijo Marcelo.—¿Cómo diablos nos ha ocurrido?

—¡Oh!—repuso Musette.—Es que fuimos muy torpes, por no haber tomado las debidas precauciones.

(1) Se refiere al casamiento civil que confieren en Francia los alcaldes; y seguramente en la época en que se escribió esta novela, París sólo contaría doce distritos.

—¿Qué ocurre?—dijo entrando Rodolfo, que era entonces vecino de Marcelo.

—Ocurre—respondió éste señalando á Musette,—que la señorita y yo, acabamos de hacer un notable descubrimiento. Que estamos enamorados. Nos habremos puesto así durmiendo.

—¡Oh, oh! Durmiendo, no lo creo,—exclamó Rodolfo.—¿Pero, qué importa que os améis? Os exageráis sin duda la desgracia.

—¡Pardiez!—repuso Marcelo.—¡Si no podemos sufrirnos!

—Y no podemos separarnos—añadió Musette.

—Entonces, hijos míos, vuestro asunto es claro. Habéis jugado á engañaros el uno al otro y habéis perdido entrambos. Es lo que nos pasó con Mimi. Hemos pasado próximamente dos años disputando noche y día. Con ese sistema es como se eternizan los matrimonios. Unid un sí con un no, y obtendréis un enlace como el de Filemón y Baucis. Vuestro hogar será igual al mío; y si Schaunard y Eufemia se vienen á vivir á esta casa, según nos han amenazado, nuestro terceto de matrimonios la convertirá en una mansión muy agradable.

En aquel momento entró Gustavo Colline y explicóle el incidente que acababa de ocurrir entre Musette y Marcelo.

—¿Qué tal, filósofo—dijo éste,—qué piensas tú de esto?

Colline se rascó el pelo del sombrero que le servía de tejado, y murmuró:

—Ya me lo figuraba. El amor es un juego de azar. Al más listo se la pega. No está bien que el hombre viva solo.

Por la noche, el entrar en su casa, Rodolfo dijo á Mimi: